

JESÚS: EL PRIMER ANTI-SUPERHEROE

“El ser divino es una revelación de Yo omnipotente, que vive dentro de todos nosotros”.
Joseph Campbell, *El héroe de las mil caras*

En algún lugar de la apariencia del héroe bíblico existe un pasillo secreto que lo conecta con lo trascendente. Es un deslizamiento en el discurso religioso que comunica el cielo con la tierra y al hombre con su esencia; un verdadero pasadizo místico–espiritual que podríamos denominar “Pasaje a la Divinidad”

Hay un pasaje sutil, un imperceptible desliz que permite que el sujeto modifique metafóricamente su posición ante el otro. En la vida cotidiana, las personas suelen transformar su apariencia todo el tiempo, sobre todo en situaciones extremas, y estos cambios son los que producen en el otro la ilusión de que estamos “ante otro”. Por eso decimos: *cambió tanto que parece “otra persona”*.

A diferencia de los mitos donde muchos de los héroes más famosos ya nacen como héroes y con poderes sobre naturales, es decir, como hijos o hijas de un dios poderoso, el sujeto que encarna en la modernidad al héroe de ficción suele ser una persona común y corriente, que en un determinado momento se convierte aparencialmente en otro. En otro hombre. En un hombre superior a él, y al resto de los hombres, que son como él.

Reconocemos aquí las cuatro tipologías de héroes:

- 1) El héroe mitológico.
- 2) El héroe histórico.
- 3) El héroe de ficción.
- 4) El héroe bíblico.

- 1) El héroe mitológico es hijo de los dioses, nace semidivino y con poderes extraordinarios para realizar hazañas sobrehumanas. (Por ejemplo Hércules, Odiseo, Aquiles, etc)
- 2) El héroe histórico es puramente humano, sin superpoderes que lo hagan diferente al resto de la gente. Realiza sus proezas por medio de la voluntad, la pasión y la fortaleza física. (Por ejemplo Alejandro, Napoleón, San Martín, el Che, etc)
- 3) El héroe de ficción es también es una persona común, que en un momento determinado se transforma en otro, pero que a diferencia del héroe histórico realiza sus proezas con los superpoderes que le han sido conferido desde el cielo o por alguna mística aberración de la naturaleza. (Por ejemplo Superman, Batman, Thor, etc)

- 4) Y el último de la lista, el héroe bíblico, es un ser doble ya desde su misma gestación, pues es humano y divino al mismo tiempo. Al igual que el héroe de los mitos nació del vientre de una mortal, cuya concepción es considerada Inmaculada, pero en lugar de ser su padre uno de los dioses que detentan el poder en el Olimpo es, en este caso, el mismísimo Dios, el único Dios en el universo quien lo engendró a su imagen y semejanza, por obra y gracia del espíritu santo. A diferencia de los otros héroes, el héroe bíblico, -Jesús-, no lleva traje especial ni disfraz por el que pueda ser reconocido, y tiene poderes sobrenaturales como los demás héroes pero las hazañas que realiza con ellos no son fácilmente aceptadas o fácilmente creíbles, por lo que se denominan “milagros”. El héroe bíblico sostiene que su Padre solo lo reconoce a él como hijo -pese a decir que *todos somos hijos de Dios-*, y manifiesta una particularidad única con respecto a los demás héroes: la ambigüedad de su ser. En Jesús, el Hijo se fusiona con el Padre y el Hombre se confunde con Dios.

Jesús, el primer quijote

“Alejandro, César, Carlomagno y yo fundamos imperios, pero ¿sobre qué cimentamos las creaciones de nuestro genio? Sobre la fuerza. Solo Jesucristo fundó su reino sobre el amor, y hoy día millones de hombres morirían por él”
NAPOLEÓN

“Con lo que Jesús hizo se ganó el cielo. Y si no era Dios, merecía serlo. Este creerse Dios, es lo que lo hizo ser Dios. Como a Quijano su locura, Quijote”.

¿Divinidad o Locura? Se dice que Jesús es el Mesías porque cumplió las profecías del Antiguo Testamento. Casi podríamos decir que no cabe dudas de que Jesús, como buen judío que era, estudió las Sagradas Escrituras párrafo por párrafo, letra por letra, de tal forma que terminó creyéndose el Hijo de Dios no menos que aquel hermosísimo personaje de Cervantes que, como bien sabemos, después de tanta y tanta lectura de libros de caballería, terminó creyéndose él mismo un caballero. De esta alineación al personaje de ficción surge aquí esto de: “Jesús, el primer quijote de la historia”. Y si Jesús fue el primer divino loco; el Quijote fue el primer loco divino.

Verdaderamente, Cristo es la *encarnación* de la palabra del Antiguo Testamento, el verbo se le hizo carne, *in-copore*, y por eso enloqueció. Él mismo lo acepta y luego Pablo lo reafirma en Corintio, el hecho de que su discurso fuera tomado como el de un loco. Jesús fue el primero en luchar contra villanos y malvados y contra las injusticias que reinaban en el Imperio Romano. Nada menos que en Isaías se dice que el Mesías iba a venir montado sobre un burro, pues el quijote de Belén tenía una misión, y solía solucionar entuertos, ayudar a los desvaídos o castigar a los malos, del mismo modo que lo hacía el otro Quijote, el caballero español que luchaba con ese mismo ciego apasionamiento en nombre de Jesús. Y no es casual que Cervantes lo haya pintado así, medio loco, medio divino, como otra forma de Salvador.

El discurso de Cristo (al igual que el discurso del loco) es completamente lógico, razonable. Jesús es, para la iconografía de la cultura Occidental el paradigma de la locura. El modelo del *Ecce homo* o *Ecce estultus*. El modelo del hombre en la tierra o el modelo de El Loco que viene a salvar al hombre de los pecados del mundo. El delirio de Jesús es el fundamento de todos los delirios religiosos posteriores que se han cometido -y seguirán cometiéndose en su nombre-, a lo largo de estos dos mil años transcurridos. Para una mirada que no hace foco en la contemplación religiosa,

Jesús es el alienado; el que ha perdido la razón pero manteniendo sin embargo un discurso totalmente razonable.

Cristo es el que está fuera de sí porque era el Padre que no era el padre, y el Hijo que no era el hijo. Porque estaba en una vía que terminó siendo La Vía, pero no Vía Media, sino el camino que lo condujo al calvario de la crucifixión y el martirio. Él era él. Él era El Padre y él era El Hijo. Y era las dos personas en una misma persona. Él era el Hombre que no era el hombre (el hombre común) sino El hombre. Él era el Dios redivivo que terminó muriendo por la salvación de todos los hombres.

Según podemos observar en los estudios actuales esta escisión en el discurso de Jesús, (el hombre que viene a salvar a los hombres de la maldad de los hombres), no es otra cosa que el producto de la esquizofrenia (que significa partido, dividido). En el relato bíblico, Jesús se presenta ante nosotros como un ser totalmente escindido, atravesado por la palabra que ha excluido la falla que nos estructura a nosotros, como neuróticos mundanos, como sujetos de la palabra y del lenguaje, sosteniendo, sin embargo, un semblante absolutamente compacto, impenetrable. Tiene la apariencia de la entereza que jamás se doblega, aquella que le otorga la certeza de saberse El Hijo de Dios, es decir: la excepción absoluta. Jesús es el hombre que ES y que NO ES. El hombre que es mitad humano y mitad divino. Con esta ambigüedad religiosa indivisible que lo hace tan amable como eterno, pero también visiblemente mortal y delirante. Porque muere; pero también renace de la sangre de sus propias laceraciones y flagelos, como el más inmaculado y piadoso de todos los hombres.

El hombre común ve al hombre que decía ser la Verdad, la Luz y la Vida tan perfectamente perfecto que, por esa misma razón, termina cuestionándose a sí mismo el sentido de su humana imperfección. Porque él es un hijo de Dios con conciencia de ser uno, indivisible, y de estar en un solo lugar, pero no es el Hijo de Dios, el que tiene el don de la omnipresencia y puede habitar en todas partes y en ningún lugar preciso. Aunque tiene casa, que es su sagrada Iglesia, pero en realidad no está en el templo, sino en el corazón de cada hombre bueno y gentil, que lo ama con la misma fuerza y devoción con que se ama a sí mismo.

El héroe como dios

“Para la visión religiosa Jesús es Hijo de Dios, pero a los ojos de los profanos es hijo del hombre”

En los mitos, el héroe se diferencia de su dios-padre por ser un “semidiós”, pero aquí no existe tal distinción, el hijo se confunde con el padre, tornándose el héroe hombre y dios al mismo tiempo. Para, pero Al igual que el resto de los héroes está dotado de poderes divinos, aunque en realidad no los usa en provecho personal ni para acabar con enemigos o villanos, como lo hacen los otros héroes, por el contrario -y esto es lo que lo ubica en una posición completamente diferente a los demás de su super clase-, el héroe bíblico usa su fuerza espiritual únicamente para hacer el bien, para curar a los enfermos y, hasta en algunos casos, para revivir a los muertos.

Pues sí, Cristo es la síntesis de los tres héroes anteriores ya que él mismo, como la encarnación del héroe religioso, posee en su propia constitución heroica algo de cada uno de ellos, haciendo que las sumas de esas partes den por resultado un héroe muy superior al resto de sus pares súper poderosos.

Jesús, en tanto héroe bíblico, realiza sus prodigios o llamados “milagros” (hechos que no pueden explicarse por causas naturales) gracias a la intervención de sus poderes celestiales, pero a diferencia del héroe mitológico, el poder que le viene del Padre no es exactamente la fuerza física, sino la fuerza del amor y de la bondad que profesa en sus enseñanzas. Como todos saben el poder de Jesús no radica en la musculatura de sus brazos o de sus pectorales, como el resto de los famosos superhéroes, sino en la fuerza y la gracia infinita de su corazón y su espíritu.

En Jesús, lo *sobrehumano* es el poder del amor no el poder de la fuerza bruta o sobrehumana, como lo es por ejemplo el caso del mítico Hércules griego. Por lo general, los héroes mitológicos deben recurrir a la lucha cuerpo a cuerpo o a la matanza y a los sacrificios humanos si es necesario para cumplir eficientemente con la misión encomendada por los dioses, pero en el caso de Jesús es muy diferente: él cura; no mata. Él no es un héroe agresivo o sanguinario que ajusticia a los malvados romanos aplicando la violencia y los golpes de puño, por el contrario, él utiliza sus poderes celestiales solamente para realizar milagros, pero milagros a favor de los que sufren: devuelve la salud a los enfermos, da vida en lugar de quitarla con brutalidad. (Lázaro es el clásico ejemplo de ello).

Generalmente, los tres primeros héroes siempre aparecen luchando contra malvados que intentan conquistar el mundo o las cercanías en donde vive el protagonista de la historia, villanos que la mayor parte de las veces no tienen forma humana sino de animal o de monstruo fabuloso, como en los antiguos mitos. Pero una cosa es cierta; no es lo mismo que los héroes antes mencionados se enfrenten a villanos que representen la encarnación del mal o personifiquen al mismo demonio, que lo que ocurre en el caso del héroe bíblico; él orienta su lucha contra el villano más grande y poderoso de todos los tiempos, el verdadero enemigo público número uno: Satán, el Demonio en persona.

A diferencia de otros villanos y malvados que adoptan su forma física emulando casi, a imagen y semejanza, la corpulencia del héroe en cuestión, la aparición del Diablo en relación al héroe bíblico nunca es visible, sino que en todos los casos su forma invisible es supuesta en la posesión de los enfermos, -pues nunca da la cara-. A diferencia de los héroes de los mitos, Jesús no combate directamente contra Satanás ni lo hace con la fuerza de sus puños, tampoco utiliza armas para destruirlo (ni mazas, garrotes, espadas, lanzas, redes, escudos, etc), su lucha es exclusivamente por medio de la palabra; de la Palabra Divina, por supuesto, la única que puede expulsar a los demonios del cuerpo de los posesos.

Es en la misma palabra de las Sagradas Escrituras donde Jesús afianza la espiritualidad de su prédica, la palabra que le da sentido a su enseñanza y a su mensaje religioso, pues es allí donde radica el verdadero poder de Dios. No olvidemos que las enseñanzas de Jesús son orales, igual que el Buda histórico; fueron sus discípulos quienes posteriormente recogieron su enseñanza y la volcaron al escrito. Por eso la manera más directa y efectiva con la que atacaba Jesús a las fuerzas del mal era a través del exorcismo, un imperativo verbal era la única forma de expulsar al demonio del cuerpo de los posesos.

La grandeza del héroe común –y digámoslo como podría decirlo Heidegger, la del héroe que es *puramente humano*-, radica en que siempre lucha contra las fuerzas del mal, poniendo en peligro su propia vida, a diferencia del superhombre de los antiguos mitos o el de los mitos modernos, el de las historietas, al que las balas no lo tocan o rebotan en su pecho de acero, pues es poderoso e invencible ya desde el nacimiento. (Recordemos a Apolo que, siendo apenas un niño de pecho, venció por medio de la fuerza de sus manos a la gigante pitón).

En el caso de Jesús su figura de mortal, como hombre común, sujeto a las mortificaciones de la carne como cualquier otro ser humano, se engrandece y se agiganta en la historia bíblica tornándose “superior” con respecto a la del superman clásico. Por ejemplo, no sólo cuando expuso y arriesgó su propia vida de mortal para salvar a la de las otras personas sino cuando murió, justamente, para salvar a la humanidad toda.

En cambio, y en oposición a esto, se encuentra el héroe que es superior porque en verdad nada puede destruir su integridad y fortaleza física, porque es invencible *perse*, y a la larga se torna una caricatura de sí mismo, unos cómics del verdadero Hombre Superior nietzscheano. De allí que el legendario protagonista de las historietas, el héroe “de papel” haya recobrado vida y singular poderío en la pluma de guionistas y dibujantes norteamericanos, pues no son hombres valerosos que brillen por su humanidad, como pasa con Jesús, aquellos no son héroes que se encuentren en la historia, sino en la historieta (una deformación idealizada de aquella), un mundo ilusorio y fascinante al que están confinados a realizar sus extraordinarias hazañas hasta que la pluma de su humano dios –su creador- decida que sus días en la tierra de papel están contados con los dedos de su mano.

Algo parecido a como hizo Cristo, que siendo humano, *puramente humano*, murió crucificado para salvar a la humanidad. El Hijo de Dios no tuvo necesidad de recurrir a sus poderes divinos para sacarse los clavos y descender de la cruz, lo hizo al revés, él llevó a cabo su hazaña espiritual o redentora con la forma opuesta a como tenía pensado que podía hacerse su discípulo más amado, y a la vez el más conflictivo: Judas Iscariote. (Según cuenta la narración de los Evangelios).

Pese al enorme deseo que tenía Judas de desenmascarar a Jesús (o sea, de quitarle la máscara de “hombre común” y mostrarlo al mundo como lo que realmente él creía que era, el Hijo de Dios en la tierra), Jesús rehusó aparecer como dejaba entrever que era en sus enseñanzas, y soportó su calvario con valiente estoicismo tal como lo hacían el resto de los hombres que eran crucificados por pecadores y no tenían poderes de ninguna naturaleza.

Los súper-poderes del Hombre-Dios

“La historia de la traición bíblica revela que Judas había pergeñado un plan para lanzar a Jesús como todo un verdadero superhéroe”

Al confrontarlo con la posibilidad de ser crucificado, Judas tenía la ilusión de que su maestro se liberara de las ataduras de la cruz que lo ligaba a su tormento con la sola fuerza que le confería su investidura divina, tal como hacen los superhéroes de historietas con sus enemigos y villanos, e impartiera justicia a los tiranos que dominaban el imperio romano estableciendo un nuevo orden de paz, amor y rectitud en la ciudad de Judea. Pero Jesús sabía que su misión en la tierra no consistía en volverse un paladín de la justicia divina, sino que su papel era otro muy distinto a lo que suponía su discípulo deseoso de transformar a su maestro espiritual en un ídolo con superpoderes divinos.

La histórica misión que Jesús no salió de un tablero de dibujo ni fue escrita en papel y con la pluma de los poderes mágicos conferidos por un autor “semidivino”, por el contrario, su hazaña espiritual quedó grabada en el corazón del hombre y en la historia viva que todos conocemos por los

Evangelios y a la cual pertenecemos. Por eso la proeza espiritual de Jesús fue doblemente meritoria; primero, porque es en ella donde radica justamente toda su grandeza espiritual, la grandeza de no haber recurrido a un poder sobre normal y convertido en superhombre para evadirse del dolor y del tormento físico; como dice Pascal en *Pensamientos*, capítulo 14, apartado 7: "... porque en él encontramos a la voz, a Dios, nuestra miseria y el camino de repararla...". "No se conoce a Dios... sino por Jesucristo". Y es cierto, porque en Cristo no sólo se encuentra lo más alto y lo más puro del hombre sino a sí mismo "nuestras" miserias humanas, aunque lo más importante de ello sea, como dice Pascal, "el camino de repararlas".

Si Cristo hubiese utilizado sus poderes celestiales para salvarse de la cruz –exactamente como Judas pretendía que lo hiciera-, posiblemente su papel en la historia del cristianismo se hubiera desdibujado y no hubiese tenido jamás los seguidores que tuvo, ya que no habría demostrado con ello ningún virtuosismo y ninguna grandeza de espíritu. Por el contrario, sus propios discípulos y seguidores hubiesen interpretado negativamente la historia de su misión divina, y nunca se hubiera hablado de él más que para aludir a un cobarde que huyó de su calvario porque, desgraciadamente, el pobre –de espíritu- le temía al sufrimiento y al dolor de la carne.

Si bien la humanidad comprendió y aceptó perfectamente la flaqueza de Galileo ante la amenaza de tortura por parte de la Inquisición, y su humana decisión de retractarse de sus descubrimientos científicos por temor al tremendo dolor físico que producía el sólo pensar en ello, en el caso del Hijo de Dios, hubiera sido interpretada como una traición a su propia condición, a su propia enseñanza y al propio mensaje que venía a transmitir a los hombres como hombre. Jesús no podía proceder con los temores propios del hombre común –aunque así se presentara, como uno más de nosotros- de allí que su parte divina apareciera magistralmente en la escena final, deslumbrando la visión mística de todos los que allí la contemplaron, pero no para hacer de su horrendo calvario un lucimiento de poder personal, sino para mostrar su enorme capacidad espiritual para aceptar el flagelo y la mortificación al que era sometido por sus infames captores.

Si adoptamos la misma visión que Judas, Jesús podía muy bien haberse librado de su cruz en menos de lo que canta un gallo, para luego ir en busca de los soldados romanos que lo fustigaron injustamente y eliminarlos a todos, uno por uno; por supuesto que amparado en el clásico lema en el que se escabullen siempre los héroes del cine norteamericano: "en defensa propia".

Pero no fue así. Jesús ni escapó de su martirio ni hizo justicia por mano propia. El podía haber actuado perfectamente como el héroe de los mitos y darle, en defensa propia, un merecido escarmiento a los infames romanos. Jesús sabía muy bien –aunque tal vez inconscientemente- que aplicar una justicia como ésta, fundada en la ética de la defensa propia, por más justa y moral que hubiera podido significar después a los ojos del mundo, finalmente iba a producir en el corazón de la gente el efecto contrario. No olvidemos que él no predicaba la ley del Talión, él justamente venía a romper con la ley del "ojo por ojo" y "diente por diente", con aquella sorprendente invocación a la ecuanimidad exaltada en su "ama a tu prójimo como a ti mismo". Por eso no lo hizo así, porque era un revolucionario que buscaba romper con las formas convencionales de luchar contra el odio y la maldad, formas que hasta hoy jamás la humanidad ha logrado imponer ni cumplir. Cómo iba Jesús a luchar contra los villanos y malvados de su época, como pretendía Judas, cuando lo que él enseñaba era: "amaos los unos a los otros". Cómo iba a destruir a sus enemigos si él mismo no tenía enemigos. O mejor aun, cuando él mismo predicaba: "amad a vuestros enemigos".

Pero aclaremos algo: si Jesús hubiese sabido "en forma conciente" que actuar contra los romanos imponiendo la fuerza de sus poderes estaría buscando el efecto de la acción, y hubiera perdido así toda la grandeza que tuvo después. Jesús siempre supo que de lo se trataba en su misión era de que

cada uno de sus actos fueran impecables, su idea era mantener a ultranza la pureza del sentimiento, el acto *en sí*, (lo que Kant llamaría actuar “por deber”, cuando se cumple la ley moral. Y no olvidemos que Kant había sido educado bajo los preceptos rigurosos del cristianismo, reflejados en su ética). Cristo decidió hacer lo que el Hijo de Dios “debía” hacer por los hombres; por eso decimos que “sabía” perfectamente lo que hacía, de lo contrario hubiera actuado “con forme al deber” kantiano, es decir, actuar bien pero esperando una retribución, y de este modo, sostenido en todo su derecho a réplica.

Jesús hubiera contradicho sus propias enseñanzas y no hubiera alcanzado jamás la grandeza que obtuvo de no ser por la concordancia e impecabilidad de sus palabras con sus actos. Pues actuar “conforme al deber” es un acto de grandeza y de una extremada pureza humana que sólo puede tener parangón con la pureza divina. Por eso decimos que si hubiese procedido con un ojo puesto en las consecuencias de sus actos, jamás hubiera recobrado grandeza El hombre, como ocurrió; y sólo se hubiese empequeñecido la imagen del dios y, por añadidura, debilitado y fragmentado la figura humana.

Seguramente es esa la razón por la que Cristo se mantuvo estoicamente inmóvil y sereno en su cruz, aceptando en todo momento el infame destino que “debía” ocurrirle al Mesías que encarnaba, el que –según él mismo-, le estaba preanunciado en el corazón de las Sagradas Escrituras.

Ese es el motivo por el que la grandeza de Jesús (como héroe humano histórico), supera en este caso a la grandeza del mismo Dios (el héroe divino súper poderoso), pues no fue el Padre quien sufrió en la tierra, sino aquel a quien envió en su lugar, el Hijo. El Padre sólo sintió el dolor y la agonía de su crucifixión a través del cuerpo de su hijo -que es su parte humana, cierto-, pero en realidad fue el propio Jesús el que *puso el cuerpo* a los golpes, como se dice, no Dios, acto que lo vuelve tan grande como su padre. De esta aparente contradicción lógica surge la doble grandeza de su persona trinitaria: la del Hijo torturado que se eleva hasta hacerse divino, y la del Padre humillado que se arrastra hasta adquirir humanidad. Cristo es el espíritu corporizado en el cielo y la carne divinizada en la tierra, es decir, el resultante de la conjunción de las dos personas anteriores.

Fue la hazaña Suprema del héroe Supremo, (la Salvación de la humanidad), sólo fue posible gracias a la no-intervención de los poderes sobrehumanos. Si Jesús nos salvó a todos nosotros fue por su divina *impotencia*, por su no violencia ni fuerza descomunal; por dejar que los hechos se consumieran en su propio fuego tal y como lo expresaban las Antiguas Escrituras y no por eliminar a todos los malvados de la tierra de una vez y para siempre. Tal vez su propia capacidad divina para poder resucitar tres días después de su muerte surgió de esta misma posición humana respecto de su otra capacidad para enfrentarse al dolor y al sufrimiento, como hijo del hombre, no como hijo de Dios, cosa que le hubiera resultado terriblemente fácil e insignificante.

El mérito de Jesús radica en no haber utilizado los poderes de su padre para salvarse a sí mismo de un destino que, al fin y al cabo, él mismo provocó. Tal vez él mismo fue haciendo las cosas de tal modo que le condujeran hacia ese final tan devastador, con la expresa intención de responder así, tal como lo hizo. Pese a ser la encarnación del mismísimo Mesías Jesús no hizo trampa, no eludió el dolor, no recurrió a su condición de excepción para ser excepcional y soportar el martirio de la crucifixión como lo hacían los demás hombres. Si él que era el Hijo de Dios no buscaba una cobarde salvación merced a su privilegiada posición, cuanto más deberían los hombres aceptar con valentía y dignidad los designios de su destino. Este es el testimonio; Jesús enfrentó a la muerte como cualquier ser humano y soportó en silencio los flagelos y humillaciones de los hombres que lo odiaban y temían. Jamás buscó un beneficio o un rédito personal en las cosas que hacía o enseñaba, lo que transmitió con sus acciones fue un ejemplo para aquellos oprimidos que, sin ser Dios

querrían serlo, solo para impartir una justicia personal y acabar con los que oprimen al mundo para terminar, finalmente, siendo ellos mismos los nuevos opresores.

Lo que a Jesús le permitió elevarse por encima de su condición de mortal fue sin dudas su humana fortaleza, la decisión de a pesar de ser el hijo de Dios no utilizar los poderes de su padre para eludir la responsabilidad de enfrentar su destino con hombría y valor. Su enseñanza es magistral: no he venido la tierra para acabar con la maldad usando poderes que exceden a los de los mortales que la engendran, sino para mostrar que se puede luchar contra ella recurriendo a la fuerza del amor y del perdón. Jesús pulverizó la ley del Talión cuando dijo: “ama a tus enemigos”, o “el que esté libre de pecados que arroje la primera piedra”. ¿Por qué responder a un golpe con otro golpe? Sólo a Jesús y a nadie más se le podía haber ocurrido algo tan descabellado como “poner la otra mejilla” a una bofetada. A quién sino él se le podía haber cruzado por la cabeza la posibilidad de responder a la agresión, no con más agresión sino con amor; con lo contrario a ella. Esta nueva y revolucionaria forma de responder al otro era en sí mismo algo inusitado, algo impensable para la gente de aquella época, para aquellos hombres que miraban boquiabierto las locuras de este hombre que buscaba que la humanidad aprendiera a vivir en el respeto, con justicia y tolerancia, amándose unos a otros.

Su mensaje era muy claro: se puede no responder en espejo, solo hay que intentarlo. Se puede responder desde otro lugar. Solo esto puede producir un cambio en el otro, pero para que ocurra, primero ha de producirse el cambio en uno mismo. Si uno cambia, si uno es el primero en responder a la agresión “sin agresión”, entonces todo puede cambiar entre los hombres. El otro jamás va a cambiar su actitud hacia mí si yo siempre le pago con la misma moneda y le respondo de la misma forma en que lo hace conmigo. Alguien tiene que empezar a cambiar. Y ese eres tú.

Como vemos, la fuerza de Jesús radica en su discurso, en la palabra que utiliza para enseñar la lógica del cambio personal y espiritual. Si hemos de esperar que el Salvador sea un hombre excepcionalmente dotado con los poderes de todo un ejército para poder vencer y aleccionar a los villanos que oprimen a los pueblos, impartiendo justicia por mano propia, no habría manera de diferenciar a los buenos de los malos. Por eso decimos que Judas fue tal vez el que más amó a su maestro pero el que menos supo entender su enseñanza. Él reclamaba al súper Jesús para salvar a Judea de la garra de los romanos, pero Jesús siempre entendió que había venido al mundo a romper con esa idea equivocada y vengativa, como única posibilidad de responder a la injusticia.

Él sabía que la fortaleza debía ser interior, y que ésta se elevaría por encima de la fragilidad humana haciendo grande al hombre que la mostrara a sus semejantes. En virtud de esto, surge aquí algo que es realmente sorprendente: Jesús es el primer héroe que salva a la humanidad ¡muriendo él mismo! ¡Es fantástico! Jesús nos revela con esta revolucionaria forma pacífica y bondadosa de enfrentar el mal una conducta auténticamente ejemplar para toda la humanidad: con él, el verdadero poder para salvar a los hombres no radica en ajusticiar a los enemigos, por medio de la fuerza y de la violencia física, sino, ¡en poner la otra mejilla! ¡Es fabuloso! Y tampoco está en pelear a brazo partido para salvar su vida, como lo haría cualquier mortal que teme a la muerte y por eso le escapa, o la enfrenta. El héroe cristiano no lucha contra la muerte, ¡se dejar morir! No se salva, y por ese gesto, ¡salva a toda la humanidad! Jesús murió como el Hijo del Hombre para resucitar después y dar con ello testimonio de lo que realmente era: el Mesías. El Hijo de Dios.

Jesús, el padre de todos los héroes

“El mito del Dios cristiano es -pese a su total inconsistencia- absolutamente perfecto, así como está, pues se ha erigido desde la misma plataforma imperfecta en la que descansan sus humanos cimientos”

Como podemos advertir, sin el mito de la resurrección no habría figura de Cristo posible, pues la muerte -sin retorno subsiguiente-, hubiera demostrado que Jesús era simplemente un hombre, un hombre carente de la divinidad que se le suponía. Que el héroe bíblico haya resucitado es la clara confirmación de lo que Jesús venía sosteniendo –en él mismo- como modelo del nuevo héroe espiritual, a saber: que hombre y Dios habitan al mismo tiempo un mismo cuerpo y un mismo corazón, y que su diferenciación es absolutamente imposible de ver o distinguir, sin negar o destruir en consecuencia, ese nuevo e impoluto semblante espiritual denominado “Cristo”.

Heidegger cita unos versos de Holderlin, en “La pregunta por la técnica”, que pueden graficar esto mismo que decimos:

*Pero donde está el peligro
Allí nace lo que salva*

Esto significa que lo mejor o más elevado del hombre nace sólo del peligro, es decir, de la proximidad a la muerte; el único lugar posible donde puede el hombre encontrar la fuerza necesaria para su salvación espiritual.

El concepto de “peligro” es constante en el camino del héroe. Jesús, por ejemplo, tuvo que enfrentarse en el desierto al Demonio, quien puso en peligro su vida al incitarlo a que se arrojara desde el abismo. Siempre es así: si nos supera el temor somos hombres pequeños, y si lo superamos, nos engrandecemos al convertimos en hombres grandes, y con un poco suerte, en “grandiosos”. La diferencia entre el hombre pequeño y el grande es que el pequeño siempre trata de evitar el peligro, mientras que el grande se enfrenta a él por medio de la superación del temor, el dolor y la angustia. Por algo la sociedad desprecia al cobarde y elogia, admira y toma de modelo al que es valiente.

La muerte como referente de la Salvación del Hombre puede verse también en la dialéctica hegeliana del amo y el esclavo. Allí el amo lucha por el reconocimiento del esclavo, pues no le teme al peligro como aquel. El amo se enfrenta a la muerte, y por ello quiere ser reconocido como sujeto, en cambio el esclavo es objeto de ella, en tanto es manipulado por el amo a través del temor que éste siente hacia la muerte.

A lo largo de la historia podemos ver que lo que hizo súper poderoso al hombre no fue otra cosa que su misma *debilidad humana*. El ejemplo más claro de esto es David, que enfrenta con una honda a Goliat y lo mata. Estamos aquí frente a la misma enseñanza: la fuerza siempre surge de la superación de nuestras propias debilidades. El giro es maravilloso, siempre hay una vuelta en la dialéctica que cierra y anuda perfectamente. Incluso el mismo *Tao Te King* de los antiguos chinos nos recuerda que la maldad es siempre “la ocasión para la bondad”.

La estructura de esta antinomia implícita en las acciones decisivas de los hombres no deja de tener cierto paralelo con esa antiquísima ley budista del Tao y el movimiento cíclico del ying y yang, especialmente en lo que concierne a la situación de que cuando el ying llega en su recorrido circular a su extremo de debilidad, se convierte automáticamente en su contrario yang. El plus que

agregamos aquí a la estructura del héroe es lo que llamaremos “atravesamiento” o “perforación” para superar al superhéroe clásico.

El camino del héroe es, en apariencia, espiralado, pues gira con un movimiento ascendente, atravesando a la figura paralela y contrapuesta del superhéroe para retornar a la figura del héroe, pero transformado en lo que llamaremos el “súper superhéroe”, como se ve en la figura N°1.

Superhéroe Héroe Superhéroe Héroe Súper superhéroe

Figura N°1. Esquema S S H.

Este nuevo diagrama atraviesa, inclusive, la antiquísima estructura oriental del ying y yang, que es un perpetuo oscilamiento pendular entre el más acá y el más allá del espejo. Lo que efectivamente puede romper la eterna circularidad de este movimiento, que se cierra sobre sí mismo, es este otro giro que describimos aquí. Es una elipse, un paso más que en su recorrido espiralado permite construir un tercer lugar diferenciador, mucho más parecido a la dialéctica hegeliana, por cuantos estos dos momentos se incluyen en un tercero, (lo que los críticos llaman tesis, antítesis y síntesis).

A partir de esto, vemos que Cristo consigue convertirse en “súper superhéroe” desde su más completa “súper impotencia”. Si Jesús no movió un pelo por intentar liberarse de la cruz no fue únicamente porque aceptó su destino con humildad, como es la creencia popular, sino porque él sabía perfectamente que su propia debilidad, como humano, lo limitaba para ello; porque fue el Hombre el que reconoció la realidad de la irrealidad de su poder, y fue justamente esto lo que le sirvió para elevarse por encima de su condición humana hasta la condición de divino.

Pero no creamos que es el héroe quien reprime su propia humanidad, sino el otro, el que lo contempla con devoción y espera verlo transformado en Otro, superior a él mismo y superior a todos los demás mortales conocidos. Por eso nos desesperamos por borrar de la imagen del ídolo religioso todas las imperfecciones que pudieran empequeñecerlo y acercarlo a lo que realmente es, un simple hombre, como lo hizo Judas con Jesús, que constantemente trató de reinventarlo, de idealizar su perfección como ser divino, sin comprender jamás que la grandeza espiritual de su maestro yacía encerrada en su propia condición humana e imperfecta.

Los judíos y el propio Jesús sacaron provecho de la propia inconsistencia humana. Que la perfección del Hijo de Dios fuera supuesta en un cuerpo humano –imperfecto por naturaleza- nos habla en primera instancia de una postulación absurda, falaz, y de una contradicción lógica que se subsana y se supera en el mismo discurso de Jesús con un movimiento circular que pone en juego la misma ambivalencia en la que está edificada la propia estructura de él como Cristo. Porque sólo desde la impotencia humana podía Jesús constituirse en el “súper superhéroe” en el que se convirtió –o mejor dicho, en el que lo convirtieron sus discípulos y seguidores-.

Por ejemplo, cuando Cristo dice que destruirá el templo y lo reconstruirá en tres días, introduce en sus oyentes una confusión respecto de sus superpoderes. Pues, qué mérito puede haber en destruir un edificio de piedra y volverlo a erigir -¡nada menos que en tres días!- si se es un “superhombre” con poderes especiales para realizar tan magnífica proeza. Como un hombre no podría jamás

derribar él sólo un edificio tan grande como era el templo al que se refería Jesús, es evidente y cae de maduro que este supuesto “milagro” sólo sería posible realizarse por la mano de un Superman: un hombre superdotado físicamente. En dicho caso, el milagro de Jesús –de haberlo realizado- no hubiera tenido más sentido que el de una simple y vulgar ostentación de poder. Pues si el Mesías es un ser sumamente poderoso y su fuerza espiritual no reconoce límites más que las honduras del mismo cielo, podría hacer eso si quisiera y muchísimo más. En todo caso, la gracia estará en que el hombre realice dicha hazaña *sin* recurrir a la ayuda o a la intervención de ningún poder exterior a sus propias y acotadas fuerzas musculares.

Nunca sabremos bien si Jesús –como hombre- comprendía la imposibilidad tácita de llevar a cabo dicha hazaña destructiva o si, por el contrario, –como Hijo de Dios-, creía realmente que era posible realizarla. Lo más importante de esto es la ambigüedad que logró plantear en sus oyentes con este singular enunciado, pues en él queda atrapado quien cree en su divinidad.

Volviendo a la clásica iconografía del superhéroe nos preguntamos, ¿qué heroísmo puede haber en un hombre que usa sus enormes músculos para levantar objetos terriblemente pesados que, para su extraordinaria fortaleza, en realidad no pesan absolutamente nada? (No nos olvidemos que los personajes protagónicos de los *cómics* pueden realizar perfectamente bien -y con mucha más rapidez- la misma proeza que Jesús decía que podía hacer en tres largos días). Por eso decimos que la grandeza del héroe supera con creces a la del superhéroe súper musculoso, pues éste es realmente frágil ante la supuesta fragilidad de aquel. Por esta razón decimos que, el súper superhéroe es en verdad el verdadero héroe, y el superhéroe, ni siquiera héroe.

Hugo Cuccarese